

Laura Hird

Como en familia

Traducción de Alejandro Palomas



Ediciones Siruela

*Para todos los que compren este libro. ¡Un saludo!*

«Cuando el amor se convierte en obligación, el odio puede llegar a ser todo un placer.»

Charles Bukowski, *Escritos de un viejo indecente*

«...Solía echarme el I-Ching, pero también tenía que dar de comer al parquímetro. Ahora no veo el futuro, pero al menos tengo para la calefacción.»

Jarvis Cocker, «Glory Days» (*This is Hardcore*)

# Capítulo 1

## Joni

–¡Joder! Pero ¿qué hace ahí? ¿Por qué no está trabajando?

Me agacho y miro a hurtadillas por el cristal mientras un misterioso Astra plateado desaparece por Lothian Road con mi madre dentro.

–Yo diría que iba con un tío. ¿Será su amante? –zumba Rosie.

–¡Y una mierda! Los ciegos no conducen.

Puede que estén dando una vuelta. En cuanto a que tengan un lío... no hay peligro. Pero ¿por qué pierdo el tiempo pensando en esa vieja idiota? Una tía bajita con un vestido de tartán se cae de morros mientras una mujerona con mallas le grita desde el otro lado de Princes Street. Rosie también la ve. Nos reímos tanto que acabo meándome un poco. Cuando consigo controlarme y me atrevo a levantarme es hora de irnos. Salgo aliviada del baño de Pizzaland y nos ponemos manos a la obra.

Hoy mi objetivo son los almacenes British Home. Ahí la ropa es una mierda, pero me encanta burlar las cámaras de seguridad. Además, los tops y las camisetas no están mal. Como a Rosie la idea de que alguien pueda verla en un sitio tan cutre le pone de los nervios, acordamos encontrarnos en la puerta de Bookworld en diez minutos.

Le pongo mala cara al palurdo seboso de seguridad y voy directa al fondo de la tienda, donde pillo dos camisetas ver-

de fosforito de manga larga y cuello de pico. Meto una dentro de la otra y dejo la percha sobrante en el perchero más cercano. En ese momento me fijo en los fantásticos chalecos de cuero, pero los muy cabrones los tienen encadenados como a esclavos. Aunque supongo que uno de esos abultaría demasiado. Me las apaño con tres minúsculos tops de licra, los camufló bajo las camisetas y me meto en los probadores. Declaro una sola pieza al entrar, arranco las etiquetas de seguridad del resto, me las pongo, las disimulo debajo de la cazadora y al salir devuelvo la que llevaba colgada de la percha. El caraculo del guardia me dedica una sonrisa aburrida cuando salgo a encontrarme con Rosie, que lleva los bolsillos de la chaqueta repletos de libros de horóscopos que piensa vender en el colegio a cincuenta peniques la pieza. Está claro que Rosie se lo monta mejor que yo. Ella roba por encargo.

Mientras cruzamos hacia los bancos me levanto la cazadora y muestro mi botín en todas sus capas.

–Supongo que no pretenderás ponerte nada de lo que venden ahí. Vete a Gap o a Next. Nunca pillas nada decente.

–Tienen probadores comunes –le recuerdo–. De todas formas, es mucho más fácil llevarse ropa de aquí. Nadie la quiere.

Aburrida de mis explicaciones, Rosie se dirige a la parada del autobús.

–¿No prefieres venir a mi casa? Mamá está trabajando. Tengo un montón de Kit-kats.

La oferta me ha convencido del todo, pero entonces añade:

–John me dejó un vídeo la otra noche. No sabes lo asqueroso que es.

¡No hay más que hablar! Me meto prácticamente de un salto en el siguiente autobús. John, el tío de Rosie, es un pedazo de semental. Están siempre juntos viendo películas porno. Él es bastante mayor, puede que ronde los treinta, pero no para de flirtear conmigo. Lo típico: suelta un montón de guarradas y luego se hace el inocente. Nunca consigo estar con ellos cuando ven los vídeos, aunque me encanta-

ría. Desde luego no con Rosie, sino solos él y yo. Sólo de pensarlo me pongo caliente.

Cuando llegamos a Shandwick Place el lugar es un caos total: montones de sirenas, ambulancias y luces de policía por todas partes. Todos los que vamos en el autobús hacemos lo imposible por ver lo que pasa. Rosie y yo corremos hasta la parte delantera para ver mejor, pero hay tanta gente apiñada alrededor de lo que sea que haya ocurrido que no consigo averiguar de qué se trata. Rosie se contorsiona contra la ventana.

—¡Está muerta, está tiesa! —chilla, cediéndonos su privilegiado observatorio a mí y a otros escandalosos pasajeros que ya hacen cola para echar un vistazo. Hay una mujer tendida boca abajo en el asfalto. Los camilleros parecen demasiado asustados para tocarla. Cuando nuestro autobús se retira lentamente de la escena, veo un coche a unos diez metros calle arriba con el parabrisas hecho añicos.

—¿Cómo habrá llegado la mujer tan lejos? Está a kilómetros del coche —grito mientras los pasajeros más cercanos corren a la parte de atrás para echar un último vistazo. Psicópatas de mierda...

—Estaba tiesa, ¿eh? ¿Has visto los sesos por el suelo?

Rosie me está sacando de quicio.

—Estás bromeando. Sólo he visto un poco de sangre. ¿Dónde estaban los sesos?

—¿Cómo has podido no verlos? Le salían de la nuca.

Pienso en una cabeza abierta del todo con los sesos colgando. De hecho pienso mucho en ese tipo de cosas, sobre todo cuando hablo con mamá. Antes quería ir a la facultad de Medicina sólo para ver cómo hacían una autopsia. Te obligan a hacer una en primero y supuestamente todos se desmayan. Aunque mamá está empeñada en que siga estudiando, así que, para fastidiarla, voy a buscar trabajo en Burger King.

Cuando llegamos a la siguiente parada oímos un griterío en el piso bajo y aparecen Twiggy, Daniel y Kes, los tres de la clase de arte, que aterrizan junto a nosotras.

–¿Habéis visto a la mujer muerta? Nos bajamos del autobús para verla mejor. Tenía los sesos esparcidos por todas partes.

–¡Yo la he visto, yo la he visto! –chilla Rosie.

No me puedo creer que de verdad haya habido sesos y que me los haya perdido. Daniel empieza a contar que una vez vio cómo un hombre saltaba desde la ventana de un tercer piso en Raeburn Place.

–Cuando la poli lo levantó del suelo, se le arrugó el cuerpo como si fuera una toalla o una estera vieja. La sangre llegaba hasta la alcantarilla.

No es justo. Yo nunca veo cosas así. Vi a mi abuela muerta cuando era niña, pero no recuerdo nada. Aunque murió de un ataque al corazón, así que probablemente su aspecto no había cambiado tanto.

Percibo un extraño olor dulzón y me doy cuenta de que uno de ellos ha encendido un porro. Veo a Kes darle un par de caladas y pasárselo a Daniel. Joder, seguro que cualquiera puede olerlo.

–Si quieres podemos pasar por el cementerio –me dice Daniel con una sonrisa mientras me pasa el porro. Daniel me gusta bastante. No suelo fijarme en chicos tan jóvenes, pero tiene unas cejas enormes y el pelo negro y fuerte y además toda la pinta de tener una entrepierna velluda y negra, tipo Robbie Williams.

Bajamos todos frente al garaje y vamos andando camino del cementerio. Mientras los seguimos hasta la cripta que los borrachines de nuestro colegio usan como bodega clandestina, a Rosie y a mí nos da un ataque de risa. Vemos al llegar que ya hay dos tíos en la guarida. Fuman hierba y están sentados frente a unas latas de Irn Bru y unas cajas de plástico de sándwiches. Parecen pintores. Cuando nos ven, el que tiene el porro lo esconde detrás de la espalda. Kes suelta un escupitajo cuando pasamos frente a ellos.

–No es justo. Este sitio es nuestro. Gilipollas como ésos pueden irse a un pub, ¿no?

Los dos tíos disimulan la risa mientras nos dirigimos has-

ta el rincón más alejado y nos sentamos en la hierba. Está un poco húmeda, pero me suda tanto el culo que tampoco lo noto demasiado. Circulan varios porros y una botella de White Lightning. Rosie empieza a sacar libros de horóscopos de los bolsillos y nos los tira a cada uno según nuestro signo. Daniel es Aries, como yo. Supuestamente somos compatibles, siempre que sea capaz de satisfacer su voraz apetito sexual sin ponerme demasiado celosa.

Algo me hace cosquillas en la mano y pego un bote. Me acerco la mano a los ojos y veo una hormiga recorriéndome los dedos. Nos quedamos todos mirándola, boquiabiertos, sin decir nada. Estoy empezando a sentir la boca pastosa, como si hubiera comido harina, así que pido la botella a Daniel. Rosie parece impactada, seguramente porque es muy raro verme echar un trago en grupo. Ah, pero la sidra es maravillosa. Me produce un hormiguelo en el pecho y me hace sentir cálida y mareada. Genial.

Miro cómo mi querido Daniel se hace otro porro. Kes está contando a Twiggy a voz en grito algo sobre el coche nuevo de su padre. A Twiggy le apasionan los coches y sus dueños. No estoy segura de si usa a los hombres para llegar a los coches o simplemente habla tanto de ellos para impresionarles. La llaman Twiggy porque se le cayó el pelo cuando a su madre le estaban dando quimioterapia. Fue como si se le cayera por solidaridad. Aunque eso no es excusa para ser una aburrida.

Ni siquiera estoy escuchando. Rosie parece estar a punto de dormirse. Me quedo mirando a Daniel e imagino que me lleva detrás de aquel árbol y me la mete. Tiene los dedos largos y su nariz, además de larga, parece la de un extranjero, y ya se sabe lo que se dice de los hombres con esa nariz. Cuando no habla se muerde el labio o se toca con la lengua la comisura de la boca, como si en realidad quisiera estar mordiendo y lamiendo otra cosa. Tengo que repetirme que sólo tiene uno o dos años más que yo. Los tíos son totalmente inmaduros hasta que no cumplen los veinte. Cuando por fin me eche novio quiero que sea mucho mayor que yo,

un tío que sepa de verdad lo que está haciendo y que pase de usar a las tías.

Me pasa un porro para ponerme a tono. ¿Me habrá pillado mirándole? Me estoy poniendo roja.

–Fuiste tú la que hizo el diseño ese de la ilusión óptica en la clase de arte, ¿verdad? El blanco y negro.

Vaya, se ha fijado en algo mío. Increíble.

–Bah, era una basura –respondo ruborizándome. Le doy una calada al porro y se lo devuelvo enseguida porque estoy un poco mareada.

–No, en serio. Deberías ir a la universidad. Parecía sacado de un libro, de verdad.

–Ya.

De hecho lo había *sacado* de un libro, pero no pienso decírselo. La cubierta de un viejo álbum hippie de papá. Nadie ha podido verlo nunca. Rosie está sentada mirándonos con una extraña sonrisa en los labios. ¿Acaso sabe algo que yo no sepa? Daniel le indica a Kes con una mueca burlona que me pase la sidra. ¿Qué está pasando aquí? Ahora todos parecen sonreír, como tramando algo. De repente se ponen a hablar a la vez. Rosie se inclina hacia mí.

–¿Qué pasa con el tontito ese? Creo que le gustas. Perdón, estoy convencida de que le gustas. ¿A ti te gusta?

A duras penas puedo hablar con tanta sonrisa. Sudo como una perra con los cuatro tops encima. Ya no es sólo el culo, ahora me suda todo.

–¿En serio? ¿Lo dices en serio? Me parece un encanto –le susurro, acercándome más a ella para que él no pueda oírnos.

Kes le da un buen trago a la sidra y luego suelta un fuerte eructo.

–Que alguien vaya a ver si ese par de cabrones se ha largado ya.

Poniéndose en pie, Daniel coge la botella y me tiende la mano.

–¿Vienes conmigo? Podrías ser mi mensajera.

No puedo creer la suerte que tengo. Rosie se está partien-

do de risa, haciéndome señas para que vaya con él. Todos empiezan a reír y a silbar mientras me levanto, tambaleándome.

Pero tan pronto les perdemos de vista me pongo tensa y no se me ocurre nada que decir. Me estrujo el cerebro intentando encontrar cualquier frase con la que romper el silencio, pero ahí arriba sólo hay un amasijo de palabras y la imagen de él agarrándome y besándome.

Él también parece nervioso. Está como encorvado, con las manos en los bolsillos, y camina muy rápido. Llegamos a la cripta, ahora desierta, sin decirnos una sola palabra. Me indica con un gesto que todo está bien.

—Vale, ve a buscarles. Te veo ahora mismo.

Dudo por un momento, con la esperanza de que esté bromeando y de que todavía exista la posibilidad de que me coja y empiece a besarme. Pero se da la vuelta, se baja la bragueta y empieza a mear contra una lápida. Echo a correr hacia donde están los demás y verle mear empeora aún más las cosas. Incluso cuando paso al lado de un completo desconocido que está meando en plena calle me pongo caliente. Qué cerdo. Sin duda había estado fingiendo delante de todos que yo le gustaba. Y cuando llegue me van a preguntar qué ha pasado. Qué cabrón. Odio a los niñatos.